

rándole, hasta que se perdió en un recodo del paseo.

Entonces alzó el rostro.

—¡No es feliz!—murmuró.

Una sonrisa entreabrió sus labios.

Rápida fué, como el rastro de las estrellas fugaces en la noche.

## IX

Desde la escena provocada por Aurea en el estudio de Miguel, la cordialidad que existía entre los esposos era únicamente apariencia. No llegaron a una ruptura definitiva por evitar las murmuraciones de la gente y no hacer pública confesión del engaño en que, al enlazarse, incurrieron.

A seguir los consejos de D. Faustino, su hija hubiera roto definitivamente. Era muy expeditivo el leonés, y creía que su Aurea debía

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1025 MONTERREY, MEXICO

proceder en su mal negocio matrimonial como en todos sus negocios malos procedió el práctico banquero. «Lo que no puede enderezarse de ninguna forma—decía—, se rompe, y a otro asunto. Los atrancos, salvarlos de una vez. Más vale empujar hacia adentro lo que se atranca en el garguero, aunque al pasar hiera, que ahogarse. Esto hice siempre yo, y me fué de perilla.»

—Sin embargo—respondía la madre—, es preciso ver la posición social que ocupamos. En nuestro mundo se miran mal las separaciones a cara descubierta. Sabido es cómo viven muchos matrimonios de los nuestros: distanciados, ajeno un sér a otro en la realidad; pero guardán-

dose en público todo género de respetos y consideraciones. De tal suerte, hija mia, si ese hombre no se emienda, debes procurar tú que sucedan las cosas. Nada de escándalos. La gente, cuando hay escándalo, carga sobre quienes tienen más que perder, y esos somos nosotros. Después de todo, a tu marido, tras los que viene dando con su escuela revolucionaria, con sus amigos y con sus modelos, un escándalo más poco o nada debe importarle.

—En esto sí llevas razón—interrumpía D. Faustino.—Las consecuencias del escándalo sólo a nosotros nos podrían perjudicar. ¡A él!... ¡Si los artistas viven en el escándalo como el pez en el agua!...

¡Cómo se te metió dentro de los sesos la idea de casarte con un artista... De por fuerza que soplabá Levante cuando le diste el «sí»: Los marinos dicen que el Levante enloquece, y loca andabas tú cuando hiciste a ese perdulario el honor de meterle en nuestra familia.

Miguel pasaba las horas en su estudio. Si lo abandonaba era con objeto de airearse los pulmones y el alma en sitios solitarios, donde los curiosos no pudieran ver su desdicha y los conocidos distraer, con saludos y frases inoportunas, su aislamiento.

Lugar de su preferencia para estos paseos fué aquel del Retiro donde, la casualidad, le puso frente a frente a Rosario.

Inconscientemente, sin que su voluntad interviniera en el hecho, entraba Miguel bajo la bóveda de acacias y avanzaba a lo largo de ella, puestos los ojos en el fondo de la natural galería, en el sitio que ocupaba el banco de piedra, donde asentó la mujer, por él tan inicuaamente tratada, para ofrecérsele como una visión evocada por su remordimiento el día mismo en que otra mujer, la por él preferida, la que sustituyó a la abandonada en el cariño de Cienfuegos, lo hería mortal y despiadadamente.

Siempre que entraba en el paseo creía que iba a volverse a hallar con Rosario; que ésta, compadecida del dolor de su antiguo amante, le tendería una mano protectora, conso-

ladora, ofreciéndole el apoyo de su amistad, acaso el resurgimiento de su amor y, con él, el de los días venturosos en que vivieron juntos, adorándose y comprendiéndose.

No más volvió a verla. La grata visión del ayer, había huído para siempre.

Para olvidar su pena recurría Miguel al trabajo; pero su cerebro andaba torpe, perezosas sus manos. Apenas comenzada la tarea, abandonábala con un triste encogimiento de hombros, con un gesto de impotencia y de desencanto. Hundido, sepultado en una butaca, pasábase horas y horas dando al espacio los humos de su pipa y apurando a lentos sorbos tazas y tazas de café.

Así transcurrieron dos meses de

minutos inconcluibles, y comenzó el tercero sin que, Aurea y Miguel, cedieran en sus respectivas actitudes.

Eran los cumpleaños de aquella y, los marqueses, estaban invitados a almorzar en casa de su hija.

En un gabinetito conversaban los tres, aguardando la hora del almuerzo, y no vale decir que el objeto, mejor expresado, la víctima de su plática era Miguel, que a las ocho de la mañana se había encerrado en el estudio sin acordarse siquiera de felicitar a su esposa.

—Al menos—exclamó Beatriz al saber aquella noticia—por educación ha debido felicitarte.

—¡Natural! —añadió don Faustino—. Lo cortés no quita lo valiente. Por supuesto—siguió—puede que

se haya hecho el distraído para no traerte el regalo de rúbrica. Quizás no tuviera plata disponible para comprar un obsequio decente.

—¡Eso no, papá!

—¡Bah! ¡Bah! ¿Qué sabes tú? Estos artistas son capaces de engullirse el Banco de España, si les dejan meter las uñas. No creas tú, ya voy creyendo necesario realizar con mi yerno una liquidación en regla, a ver cómo se hallan tus fondos. Tendría poco chiste que el mozo te dejara porpuertas con sus empresas y mentecateces artístico-revolucionarias.

—Ya debía de haber subido—exclamó Aurea golpeando la alfombra con sus pies nerviosos. Es la una—prosiguió mirando el relojito que, a manera de escudo, ostentaba una

Palas de Sevres—y el almuerzo debe estar a punto.

La joven se alzó de su silla para empujar el botón de un timbre.

—¿Está el almuerzo?—preguntó a la doncella que había acudido al llamamiento.

—Cuando dispongan los señores.

—Que bajen al estudio y digan al señorito que esperamos.

A poco volvió la doncella.

—El señorito sube en seguida.

—Pues vamos al comedor nosotros—dijo Aurea a sus padres—. Allí esperaremos a Miguel.

Cuando éste recibió el aviso trabajaba con verdadera ansia en un bajorelieve.

—¡Voy a escape! — ¡Di que voy a escape!—contestó a su aprendiz, sin

apartar los ojos de la obra. Es cuestión de diez minutos acabar esta mano.

Menos de los diez minutos tardó en dar a su empeño remate.

Cuando alzó la cabeza, resplandecía de generoso y noble orgullo.

—¡Estoy satisfecho!—monologó a gritos—. Ha salido admirablemente. Vaya en gracia que, al cabo de tantos y tantos días inútiles, he podido aprovechar uno. Y ahora, al almuerzo, al fastidiosísimo almuerzo. ¡La una y cuarto! Buena estará aquella familia. ¡Mi familia!...—agregó con acento irónico.—Mi familia son estos barro. Ya no tengo otra alguna. ¡La que puedo tener!... ¡En fin!... ¡Vamos!... Los marqueses aguardan.

Y distraído por la nueva contemplación de su trabajo, y por la alegría que la buena ejecución de él le proporcionaba, salió del estudio sin mudarse de ropa, sin cuidarse siquiera de lavar su cara y sus manos.

Al verle presentarse en el comedor de tan desastrosa manera, un gesto nada grato frunció los rostros de Aurea y de sus padres.

—¿Qué les ocurre a ustedes?—preguntó Miguel.

—¿Qué nos ocurre?—repuso Aurea.—¿Te parece que no hay motivo? Después de hacernos aguardar cerca de media hora te presentas de esa facha en el comedor.

—¡Facha!...

—Me parece, Miguel—dijo la marquesa—que no es el traje más a pro-

pósito para almorzar con su esposa y con los padres de su esposa, sobre todo en un día como éste.

—¡Ah!... Mil perdones. No me había fijado.

—Convengamos en que su atavío no es de lo más correcto—murmuró el marqués enfáticamente.

—Ustedes perdonen; pero ya ¡qué remedio! Acéptenme ustedes como estoy. No es cosa de hacerles aguardar otra hora.

Y Miguel, cogiendo una silla, hizo ademán de acercarse a la mesa.

—¡No!—gritó Aurea.—Así, de esa forma, no te sientas a comer con nosotros. Fuera el colmo de la descortesía. Si nos quieres acompañar, no así, como merecemos nosotros lo has de hacer.

—Efectivamente, tienes razón sobrada—contestó con acento irónico Miguel.—No es ante ustedes con este traje, el traje de artista, consagrado plenamente a su obra, ante quienes debo y puedo presentarme yo.—Pondré remedio a mi torpeza.

Miguel salió del comedor.

En silencio aguardaron su vuelta Aurea y los marqueses.

—Tarda mucho—dijo al fin don Faustino.

—Cierto.

Aurea llamó.

—Dígale al señorito...

—El señorito no está en casa.

—¿Cómo?...

—No, señora; bajó al estudio, encargando al portero que avisase un coche de alquiler. Vino éste en se-

guida, y el señorito marchóse en el simón.

—¿Sin mudar de ropa?...

—¿Cómo estaba?

—Como estaba, señora. Una gorrilla de cuadros se puso en la cabeza y se anudó a la cintura la blusa. Parecía propiamente un obrero.

—¿Dónde pudo ir?

—Lo ignoro. Dice el portero que tampoco le oyó dar las señas, porque las dió en voz baja. Sólo se ha oído decir: «¡Arrea y a escape!».

## X

Frente a la estatua inconcluida de Venus estaba Rosario, envuelta en una bata oscura y hojeando la *Confesión de un hijo del siglo*, de Alfredo de Musset.

De su lectura la distrajo el ruido de la puerta, que se abrió precipitadamente.

La anciana señora a quien Rosario protegía, se acercó a ella y le dijo con temblorosa voz:

—¡Ahí está!

—¿Quién?—preguntó Rosario.



—Yo, Rosario—respondió Miguel, mostrándose a los ojos de la ex modelo.

—¡Tú!

—Yo.

—¿A qué vienes?...

—¿No ves que estoy en traje de taller? Vengo a ser el de antes. A concluir mi Venus y a recobrar mi felicidad.

FIN

## BIBLIOTECA HISPANIA

### OBRAS PUBLICADAS

#### COLECCIÓN HISPANO-AMERICANA

	Pesetas
<i>Primera parte de la Historia del Perú</i> , por Diego Fernández, el Palentino. Un tomo de 375 páginas en 4.º.....	7,50
<i>Corona Mexicana.—Historia de los Motezumas</i> , por el P. Diego Luis de Motezuma, en 4.º, 512 páginas.....	7,50
<i>Segunda parte de la Historia del Perú</i> , por Diego Fernández, el Palentino. Un tomo de 448 páginas en 4.º.....	7,50

#### COLECCIÓN ROSA PARA LAS FAMILIAS

<i>Geneveva</i> , novela, por Alfonso de Larentine, 378 páginas en 8.º.....	3,00
<i>La Leyenda Dorada</i> , (Vidas de Santos), por Jacobo de Voragine, tomos I y II, cada volumen.....	3,00

#### SECCIÓN GENERAL

<i>Lámparas votivas</i> , poesías, por Francisco Villaespesa.....	3,00
<i>Como buitres...</i> , por Manuel Linares Rivas	3,00

Pesetas

<i>La fuerza del mal</i> por Manuel Linares Rivas .....	3,50
<i>Obras completas</i> , por Manuel Linares Rivas.—Tomo I: <i>La Cisaña, Aire de fuera, Porque sí</i> .—Tomo II: <i>El abolenjo, Maria Victoria, Lo posible</i> .—Tomo III: <i>La estirpe de Júpiter, Cuando ellas quieren...</i> , <i>En cuarto creciente</i> , cada tomo.....	3,50
<i>Tapices viejos</i> , por Eduardo Marquina...	3,50
<i>Frente al mar</i> , por José López Pinillos (Parmeno).....	3,00
<i>Coplas</i> , por Luis de Tapia.....	2,50
<i>Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras</i> , por José Cascales Muñoz.....	4,00
<i>La Política de Capa y Espada</i> , por Eugenio Sellés.....	5,00
<i>La Negra</i> , por Pedro de Répide.....	1,00
<i>El horror de morir</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent.....	1,00
<i>La Garra</i> (segunda edición), por Manuel Linares Rivas.....	3,00
<i>Barrio Latino</i> , por Federico García Sánchez.....	3,00
<i>La espuma del champagne</i> , por Manuel Linares Rivas.....	3,50
<i>La guerra palpitante</i> .....	3,00
<i>Una mancha de sangre</i> , por Joaquín Belda.....	1,50
<i>El Monstruo</i> , por Antonio de Hoyos y Vinent.....	3,00
<i>La Cocina racional</i> , por Magdalena S. Fuentes.....	3,00
<i>Mi Venus</i> , por Joaquín Dicenta.....	1,00

Joaquín Dicenta

BAJO LOS MIRTOS

BAJO LOS MIRTOS

MILLA Y PINO

MILLA Y PINO